

Herminio Núñez Villavicencio
Globalización y educación
Ciencia Ergo Sum, vol. 12, núm. 1, marzo-junio, 2005, pp. 71-84,
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Available in: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10412108>



Ciencia Ergo Sum,
ISSN (Printed Version): 1405-0269
ciencia.ergosum@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

How to cite

| Complete issue

| More information about this article

| Journal's homepage

www.redalyc.org

Non-Profit Academic Project, developed under the Open Acces Initiative



Globalización y educación

Herminio Núñez Villavicencio*

Recepción: 9 de agosto de 2004
Aceptación: 3 de noviembre de 2004

* Facultad de Humanidades, Universidad
Autónoma del Estado de México.
Teléfono: (722) 2 13 14 07
Correo electrónico: herminio@yahoo.com

Resumen. Motivado por los requerimientos de la docencia, me propongo exponer cómo puede explicarse de manera sencilla lo que llamamos globalización, cuáles son algunos de sus efectos más palpables y cómo se organizan en torno al mayor de ellos, que es el económico. La segunda parte se basa en declaraciones de tres reconocidos pensadores de nuestro tiempo, en las que manifiestan cómo entienden el fenómeno que nos ocupa; también menciono algunos cambios en el proceso de globalización después del 11 de septiembre de 2001. La última parte trata específicamente de algunos efectos en el campo de la educación.

Palabras clave: globalización, educación.

Globalization and Education

Abstract. The first part of this paper briefly examines the concept of globalization and its most palpable effects, especially economic ones. The second part summarizes the theoretical frameworks of some renowned thinkers in regards to globalization. Changes observed in globalization after September 11, 2001 are discussed, as well as its effect on the education system.

Key words: globalization, education.

Introducción

Una colega de trabajo decía en una reunión académica que “fundamentalmente somos docentes que hacemos algo de investigación”. Se trataba de una discusión en una universidad de la provincia mexicana en la que, como en casi la totalidad de instituciones semejantes, el trabajo de investigación apenas se inicia, se le dedica las pocas horas que permiten la docencia y otras actividades universitarias. En consecuencia, la incipiente investigación que realizamos está generalmente relacionada y nace de la docencia misma;

dato ciertamente positivo porque indica que las clases poco a poco dejan de ser simples ecos, momentos de resonancia de lo ya dicho, de lo ya sabido que a fuerza de repetirlo atrofia las jóvenes mentes y degrada el nivel universitario de estudios. Se ha dicho reiteradamente que universidad que no investiga no es universidad.

He iniciado así estas líneas sobre la globalización porque deseo explicitar que las exigencias de la docencia son las que la han motivado. Este fenómeno sale a colación de manera directa o indirecta y en cualquier momento del desarrollo de casi cualquier

asignatura, sea ésta sobre producción agropecuaria cuando, por ejemplo, se toca el punto de regionalismos *vs.* mercado abierto, o cuando se trata de materias tan diferentes y alejadas como las del ámbito de los estudios literarios, en que se consideran literaturas locales y literatura universal, o cuando se analiza el problema que implica la asignatura de literatura comparada. La globalización ha influido hasta en la competitividad que siempre ha existido en el deporte, pero ahora acentuada en sus estilos, como lo afirma el diario *The New York Times* (16 de junio de 2002).

Por otra parte, como fenómeno actual, la globalización es ineludible para todos, principalmente para quien se dedica a la preparación de las nuevas generaciones, pues el trabajo que realiza consiste fundamentalmente en capacitarlas para enfrentar la vida.

1. ¿Cómo explicar la globalización?

¿Cómo explicar la globalización a un alumno universitario? Las posibilidades de hacerlo pueden ser variadas, según los medios que se usen y de quien lo haga. En el estudio de la literatura es frecuente y muy positiva la explicación mediante símiles, figuras, analogías; aquí voy a servirme de una imagen que facilita la exposición de algunos aspectos del fenómeno que nos interesa.

Si tomamos en consideración el término 'global', con facilidad nos damos cuenta de que éste deriva de globo y, en la acepción que nos interesa, se refiere a algo perteneciente a la redondez de nuestro planeta; de manera que la forma que de inmediato nos viene a la mente cuando hablamos de globalización es la de la esfera terrestre o globo terráqueo, imagen que alcanza mayor especificidad cuando la nombramos mapamundi, porque entonces acentúa la diversidad de elementos que contiene.

La imagen del mapamundi puede servirnos para indicar todavía más distinciones, porque cuando lo observamos inmóvil o en lento movimiento, podemos distinguir en él un mosaico de Estados; vemos muchas naciones de colores diversos y delimitados por sus fronteras. Su utilidad didáctica es reconocida, pues una tarea común en los primeros años de escuela consiste en pintar en él cada país de un color y lo importante es que el alumno haga la distinción entre uno y otro. Pero cuando lo hacemos girar con velocidad, el efecto es otro, entonces los colores se

confunden, desaparecen los Estados-nación con sus particularidades, y percibimos el globo como ceñido por anillos uniformes, formados por colores o aristas dominantes en el vórtice del movimiento. El globo asume entonces casi una sola tonalidad, aunque poco definida.

El efecto óptico del mapamundi girando a velocidad tiene aspectos en común con el fenómeno de la globalización. Si lo observamos sin movimiento distinguimos en él cómo son o, mejor, cómo se pensaba que eran los Estados antes de la globalización, con sus límites bien definidos que distinguían no sólo a una soberanía política y jurídica de otra, sino también sus modalidades de organización social, sus costumbres, valores, etc., y principalmente sus organizaciones comerciales. Pero si lo observamos girar a cierta velocidad, nos ofrece una imagen del globo terráqueo en la que el proceso de homogenización vuelve a todas estas peculiaridades inoperantes, obsoletas, superfluas.

1.1. Efectos de la globalización

En el mundo globalizado, el imaginario espacial cambia drásticamente nuestra tradicional imagen del planeta, porque el Estado moderno, como Estado territorial, se funda en sus fronteras que definen un 'adentro' y un 'afuera', lo cual señala la identidad nacional; y para cruzar sus límites se requieren ciertos trámites como el pasaporte. Pero en el mundo globalizado estas condiciones ya no existen (como lo ejemplifica la Unión Europea), porque en tanto que es globalizado se presenta como una nueva entidad, podríamos decir, sin centro palmario porque no tiene la categoría y función de las anteriores capitales nacionales y no tiene ningún afuera que no sea el firmamento.

En este imperio sin centro observamos otra característica decisiva: si

en el horizonte al que estamos acostumbrados las distancias, no sólo las físicas sino también las de comunicación, pueden ser cortas o lejanas con los otros Estados, en el horizonte global, en cambio, todo es cercano y simultáneo, porque la globalización es principalmente modelada por el ámbito de los negocios (finanzas, mercado, etc.) y viaja a velocidad telemática en un reino sin distancias, sin límites y confines que no sean los de la carencia de medios. De manera que el tiempo simultáneo de lo global contrae el espacio, anula sus dimensiones y las decisiones son recibidas al instante en cualquier latitud.

La metáfora que estamos manejando puede insinuar varias posibilidades que pueden confundirse. Es verdad que cada día nuestro ritmo de vida es más acelerado y que este hecho está preñado de consecuencias; es posible también que esta aceleración esté relacionada con la globalización; pero lo que trato de exponer aquí con esta figura es que lo que en realidad gira vertiginosamente es el mundo de los negocios, se mueve con la rapidez electrónica. Los sucesos de hace pocos años en Venezuela ilustran este punto: la destitución por algunas horas del presidente fue en gran medida un logro de los medios de comunicación 'inflando' la información a niveles que justificaran el derrocamiento; pero precisamente porque se trataba de algo fraguado de manera tan inconsistente, a los dos días fue posible el regreso del mandatario. Otro caso semejante ha sucedido en fechas más recientes: la invasión de Irak se realizó sin declarar los verdaderos motivos. En esta ocasión también se manipuló la información y, entre otros hechos, esto motivó la destitución del brazo derecho del primer ministro en Inglaterra y la derrota del Partido Popular en las pasadas elecciones en España.

Es un cambio ciertamente novedoso. Hasta hace algunos decenios todavía nos llegaban noticias de la expansión de un Estado sobre el territorio de otro, ahora parece que la ocupación territorial ya no es necesaria. ¿Cuáles fueron los verdaderos motivos para maquinarse la destitución de Hugo Chávez? Esto no lo sabemos; lo que sí hemos podido entender es que no se trató de un problema solamente venezolano, pues uno de los efectos inmediatos fue el cambio de precio del petróleo. En tiempos de globalización los Estados ya no son conquistados, sólo se les priva de sus funciones. Aún son territoriales en la mayoría de los casos y también aparentemente soberanos, mantienen sus costumbres y sus fronteras, pero el poder de decisión no es el mismo en ellos, la globalización no toma en cuenta su soberanía y, por lo mismo, aunque sus fronteras físicas permanecen inalteradas, ya no tienen importancia. En el mundo globalizado el concepto de soberanía es uno de los primeros despojados de su trascendencia simbólica; la figura misma del dictador está desapareciendo, porque si ésta conserva las riendas de su país en las manos, el poder globalizante no sólo prescinde de su figura, sino que lo ve como un estorbo que hay que remover. La globalización no necesita la voluntad ni la inventiva de sujetos, tampoco necesita la existencia de un centro que oriente las coordenadas topográficas (por eso casi no se escucha decir que estamos en tiempos de la 'cuarta Roma', aunque sí se habla de imperio). La globalización tiene garantizada la capacidad de penetración, pero se trata de un fenómeno difuso, excéntrico, reticular, impersonal. Su maquinaria, que es esencialmente tecnológica, en apariencia gira por sí misma.

La globalización no necesita la voluntad ni la inventiva de sujetos, tampoco necesita la existencia de un centro que oriente las coordenadas topográficas.

1.2. Dominio de la economía

No es fácil una definición propiamente dicha de la globalización, pero una de sus peculiaridades más notorias es que la reorganización que promueve tiende de manera importante al triunfo de la economía sobre la política. La Unión Europea es principalmente un mercado común, el Tratado de Libre Comercio (TLC) norteamericano también lo es, lo son otras iniciativas semejantes como el Mercosur. Por eso ahora se busca de diversas maneras la expansión de un mercado sin fronteras y, también, sin leyes; se pretenden condiciones en que las multinacionales puedan señorear desde su extraterritorialidad, con la determinación instantánea de la bolsa, con el *marketing* de la imagen en la era del espectáculo y del consumismo, con la dislocación hacia el sur de los procesos productivos y, consecuentemente, con los efectos de contaminación en los países maquiladores, con la explotación del trabajo y con tantos otros medios y consecuencias.

En nuestros tiempos de globalización tenemos, entre otras cosas, la sensación de que el lenguaje y, sobre todo, algunos términos lingüísticos han perdido claridad. Así, la inoperancia del Estado territorial hace también obsoleto el léxico político que en él se funda: términos como democracia, igualdad, libertad, derecho, ciudadanía y otras categorías presuponen una dimensión territorial (aunque se sostiene

que los derechos humanos son universales y por eso frecuentemente se toman como bandera en la cruzada globalizante). En las tendencias actuales de reorganización se prevé que la política, en el curso de su irrefrenable decadencia, encuentre sus razones de ser en una adaptación cada vez menos negociable y cada vez más servil a las razones de la economía global. Por eso la desintegración progresiva de la planta productiva en los países latinoamericanos, las asechanzas que a veces presentimos que acompañan la fragilidad del tipo de cambio de nuestra moneda, la ineficacia de la intermediación financiera, la volatilidad de los capitales y la poca claridad de los acuerdos internacionales, son realidades que acrecientan nuestra inseguridad, nos hacen sentir que no está buscándose el bien de nuestros pueblos, que en lugar de eliminar la pobreza lo que realmente sucederá será su expansión, vendrá la evaporación de las clases medias y el crecimiento de la desigualdad. La tendencia a la desregulación, la carrera privatizadora de nuestros gobiernos que compiten sin tregua por captar liquidez internacional con subsidios fiscales, con crecientes costos ambientales y con la inobservancia de derechos elementales hacen claramente a un lado las demandas colectivas. Los propósitos de incremento de empleo, de consumo, de ahorro, del bienestar y la felicidad de los pueblos de la región se ven truncados por la urgencia de figurar bien en los esquemas de la globalización, esfuerzo que se percibe principalmente como la delirante competencia de los mercados por ocupar un sitio en la arquitectura financiera internacional. El caso particular de Argentina muestra en los últimos años toda la crudeza del funcionamiento del sistema global: la crisis venía perfilándose desde tiempo atrás cuando el sistema condujo al gobierno y a la socie-

dad de este país a aceptar diversas medidas que supuestamente lo elevarían a la categoría de Primer Mundo; pero conforme avanzaban los periodos de sus últimos presidentes, esta economía se debilitaba sin remedio hasta la quiebra en las postrimerías del 2001. Lo preocupante del caso es que esta caída se atribuye sólo a los argentinos, principalmente a sus políticos y, por ello, hasta ahora se han dejado abandonados a su suerte. Los efectos sociales de otras crisis financieras anteriores fueron atenuados en cambio por la asistencia del sistema financiero internacional: desde la crisis mexicana hasta las que sufrieron después varios países asiáticos, incluida la crisis brasileña. La novedad es que esta vez ya no hay disposición de ayuda, ya no se ve alguna posibilidad de apoyo para que Argentina se levante con rapidez, salvo si el presidente Kirchner logra alcanzar el milagro. Es la primera vez que los mecanismos del sistema global aparecen tan claramente. En la situación de este país se expresa sin cortapisas la determinación del sistema por apropiarse de los despojos de su economía. La expoliación que avanza y abarca desde las grandes ofertas de privatización hasta los programas menos llamativos, como los de turismo que después de la crisis ofrecen vacaciones a casi la mitad del costo que tenían antes del desplome, indica el probable destino de los países que pierdan el tren de la globalización. En el caso argentino no hay diferencia de acreedores, ya sea el Fondo Monetario Internacional (FMI), Estados Unidos, España u otros; lo que aparece es el sistema global en acción, despersonalizado, desnacionalizado. Es el dominio global autónomo, supranacional, soberano; es el imperio global a secas, regido por el capital financiero internacional sin distinciones nacionales.

Pero no sólo el mundo subdesarrollado es el escenario de estos efectos, porque vivir en las naciones más desarrolladas no es tan placentero como muchas veces se quiere hacer ver. En esos países hay también grandes privaciones, y en casi todos los órdenes de la vida. Ni siquiera se come bien, aunque ciertamente ahí son muy pocos quienes llegan a morir de hambre. En esos lugares sólo puede vivirse muy bien cuando se dispone de dinero. De otra forma hay que 'sudar la gota gorda' y emplear buena parte del tiempo diario en hacer las compras necesarias donde más convenga, cocinar, lavar la ropa y asear la habitación; es inevitable mantenerse siempre trabajando para vivir como se puede. Como lo señala Arnaldo Córdova en uno de sus artículos periodísticos (*The New York Times*, 16 de junio de 2002): más de 90% de la gente vive mal en el Primer Mundo. Por eso tanto en las cumbres de Seattle y Génova como también en las más recientes de Monterrey (México) y Cancún o Guadalajara, la gente se pronuncia abiertamente contra la globalización. Las mayorías de las poblaciones de todos los países del mundo, incluidos los más desarrollados, no aceptan todos los resultados de los procesos de globalización.

1.3. Otra peculiaridad de la globalización

En el mundo globalizado el Estado territorial ciertamente aún existe, aunque en pleno ocaso; pero la extraterritorialidad de la globalización convierte en vana tanto su forma como su sustancia. Consideremos que si el mapamundi que hemos tomado como figura ilustradora en esta exposición girara a gran velocidad: en él los colores de las diferentes naciones aún existen, pero no podemos verlos en su demarcación. En cierta medida esto explica por qué en el debate sobre la cuestión, el término

global no se contrapone tanto al de territorio sino al de local. Se trata del conocido fenómeno, aparentemente paradójico, por el que la globalización del mercado y de la tecnología ve resurgir las identidades locales que apelan a comunidades étnicas y religiosas. Este hecho es ciertamente complejo, de manera que en él la identidad negada por el proceso de apertura de fronteras se recupera en la historia sustancialmente antimoderna, en la actitud de rebelión ante el estado de las comunidades locales. Estas poblaciones son islas de identidad que en el flujo de la globalización tienden a afirmarse en modo exclusivo y, por consiguiente, a combatir. Globalización y localización, mediante el doble movimiento de inclusión y de exclusión parece que trabajan juntas en la liquidación definitiva del modelo de organización del Estado.

La escisión de los Estados no hace distinguos, ha ocurrido en países como Yugoslavia, cuyo caso debiéramos tener siempre presente por sus efectos, y se ha presentado también en Rusia; permanece latente en varios países como Canadá, Francia, España, Italia, Estados Unidos, México y otros. A simple vista puede pensarse que se trata de una de las estrategias usadas en el desarrollo de la globalización de manera caprichosa y según convenga en determinadas circunstancias.

Con motivo de la observancia de los derechos humanos, por ejemplo, en ocasiones se promueve lo local contra el Estado, en otras lo global también contra el Estado. La polémica sobre la intromisión por razones humanitarias alcanzó su apogeo en 1999 con la intervención de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en Kosovo. En aquel entonces, el secretario general de la ONU, Kofi Annan, ante la Asamblea General de esa organización pidió a la comunidad internacional alcanzar, de una vez por todas,

un nuevo consenso sobre estos problemas; decía:

[...] si la intervención humanitaria es, en realidad, un ataque inaceptable a la soberanía, ¿cómo debiéramos responder a situaciones como las de Ruanda o Srebrenica (Bosnia) y a las violaciones graves y sistemáticas de los derechos humanos que trasgreden los principios de nuestra humanidad común?

Como sabemos, de aquí nació la Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía de los Estados (CIISE), que tiene como objetivo dilucidar las cuestiones de tipo jurídico, moral, operacional y político incluidos en el debate. Esta comisión ha dado a conocer un informe en el que resalta “la responsabilidad de proteger”; señala que los Estados soberanos tienen la responsabilidad de proteger a sus propios ciudadanos de las catástrofes que pueden evitarse –de los asesinatos masivos, de las violaciones sistemáticas, de la inanición– pero que, si no quieren o no pueden hacerlo, esa responsabilidad debe ser asumida por la comunidad de los Estados.

La propuesta de la CIISE es consensuada, refleja ciertamente las opiniones compartidas por todos sus miembros sobre lo que sería factible desde un punto de vista político. Sin embargo, en la práctica, los casos concretos parecen presentar mayor complejidad: la agenda global, por ejemplo, hace aparecer a Cuba como un país ‘paria’ (Estado bribón, *rogue state*) en las relaciones internacionales, ya sea por consideraciones en torno a los derechos humanos y la democracia en la ínsula, o bien, por la insistencia en incluirlo en el Informe del Departamento de Estado de la Unión Americana sobre la situación del terrorismo en el mundo, exposición que considera a la isla como promotora del terrorismo.

En esta situación los países latinoamericanos y caribeños se ven obligados a hacer suya la agenda global imperante o tienen la opción casi imposible de oponerse. Lo cierto es que estos países están divididos. Cuba mantiene actualmente relaciones diplomáticas con todos los países del hemisferio occidental, menos con Estados Unidos y pocos países latinoamericanos. En esta situación, Cuba queda excluida del mecanismo de la Cumbre de las Américas y de la iniciativa estadounidense para establecer el área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en 2005.

La globalización tiene muchos frentes y éstos no siempre pueden distinguirse con facilidad. En su complejidad da motivos para pensar que en el fondo no se trata sino de una forma de reorganizar y aumentar el poder, y por ello no hay aspecto de nuestra vida que le sea ajeno, mucho menos la educación, de la que mucho se puede decir ante este fenómeno.

2. Diálogo sobre la globalización

Antes de abordar el punto sobre educación y globalización, nos detendremos un poco en las opiniones de tres filósofos sobre el fenómeno que nos ocupa. El común de la gente cada vez se introduce más en la textura de un mundo ligero, deambulamos al ritmo de nuestros apretados horarios y eso parece producirnos a veces algún sosiego y hasta fruición. No nos importa la profundidad y nos comportamos como si contáramos con la suficiente seguridad de que no nos ahogaremos, de que permaneceremos a flote ante cualquier dificultad. Somos posmodernos no obstante nuestra marginalidad y nuestra identidad periférica en el mundo globalizado. La vitalidad que observamos desbordante en lugares públicos, pero limitada a disfrutarse sólo en la superficie de la vida, nos hace perso-

Somos posmodernos no obstante nuestra marginalidad y nuestra identidad periférica en el mundo globalizado.

nas endebles, los contenidos no nos interesan pero sí nos alucinan las formas; por eso cada vez nos impactan más los efectos especiales y nos enerva la apariencia. Hemos aprendido la reiterada lección: “una imagen no sólo dice más que mil palabras, una imagen es todas las palabras”.

En estas condiciones en que los límites habituales han sido desbordados, nos empeñamos en obtener todo de la manera más rápida, queremos alcanzar el éxito sin tanto esfuerzo y llegamos a suponer que con el simple deseo o con sólo rozar su superficie se nos cumple el sueño. En algún momento –como hace poco lo supusieron los argentinos– llegamos a la convicción de que ya nos encontramos en la antecámara del Primer Mundo. Se ha dicho que soñar vale la pena y que esto nos es tan connatural; es cierto, pero también lo es que aún distingamos entre sueño y realidad.

Chen Kaige, uno de los grandes exponentes de la llamada ‘quinta generación’ de directores de cine en China, confiesa que lo que más le preocupa en estos momentos son los cambios que está sufriendo su país. En *El violinista (Together)*, cinta por la que fue galardonado como mejor director en un reciente festival de San Sebastián, muestra la pérdida de valores en la China actual a raíz de la irrupción del capitalismo salvaje. Dice:

Los grandes cambios económicos que está viviendo China han dejado una hue-

lla indeleble. Estamos perdiendo nuestra cultura, llegas a Beijing (Pekín) y te da la sensación de estar en Nueva York o en cualquier ciudad occidental. Ya nadie se reúne en los patios y los vecinos ya no se invitan a cenar. No sabemos quiénes somos (*Milenio Diario*, 2003).

Lo que menciona Kaige pasa en cualquier rincón del mundo, casi ya no quedan espacios sin desechos de Coca Cola, de Corona o sin la alucinante pantalla que hace presentes otros miles de productos que proporcionan lo que supuestamente deseamos en la tentación de copiar, repetir o envidiar lo que vemos.

La atracción que ejercen algunos efectos de la globalización son verdaderamente irresistibles, de manera que no es fácil evadirlos, menos lo es rechazarlos conscientemente. Y al hablar aquí de rechazo no lo entendemos en el sentido de una predisposición partidaria, al menos en nuestro caso no podemos basarnos en una descalificación *a priori*, por mucho que escuchemos de sus secuelas perversas. En nuestro caso lo aceptable es analizar el fenómeno y sopesarlo en sus pros y contras porque, como casi todo lo que compone nuestro mundo, ni es totalmente bueno ni totalmente malo. La disyuntiva de 'blanco o negro' campea en situaciones que poco o nada tienen de constructivas y propositivas. Especialmente en la docencia no podemos dejar de cimentar nuestras afirmaciones y nuestra postura; por eso, no podemos quedarnos en la superficie del asunto, necesitamos explorarlo y entenderlo en tanto sea posible. Por esta razón, para entender mejor la globalización deseamos transcribir aquí algunos puntos del discurrir de filósofos que se ocupan de ella en un diálogo.

A fines de julio de 2002, tres pensadores discutían acerca de los efectos necesarios y los intolerables de la globaliza-

ción (Caracciolo, 2001). Ellos son Gianni Vattimo de Italia, Charles Taylor de Canadá y Richard Rorty de Estados Unidos. Sus puntos de vista dan a conocer aspectos que el común lector no suele tomar en cuenta, aunque las circunstancias que vive se lo exijan. El hombre ordinario simplemente vive, no se propone dilucidaciones, no cuenta con tiempo para hacerlas y se deja llevar por lo que le presente la sucesión cotidiana.

Del diálogo de estos pensadores hemos entresacado algunos puntos que presentan la complejidad de la globalización. El intercambio de ideas inició al mencionarse que según el presidente George Bush y quienes son del mismo punto de vista, la globalización está encaminada a ayudar a los pobres del mundo, pero estos últimos, por el contrario, no están convencidos de ello.

A este propósito Taylor señala que la gran industrialización ocurrida en el siglo XIX demostró que lo declarado por Bush es posible, puede efectivamente acarrear beneficios para todos, pero que de inmediato puede también traer consecuencias catastróficas para gran parte de la población.

Sin duda estaríamos de acuerdo con lo que dice Taylor. En relación con la primera afirmación, sería muy difícil negar que ahora gozamos los frutos del desarrollo que la industria tuvo en el pasado. En cuanto a las consecuencias negativas inmediatas de la globalización, éstas son también palmarias; es suficiente asomarnos a las empresas para darnos cuenta de la pérdida de numerosos puestos de trabajo registrados en los últimos años, ocasionada en su redimensionamiento, por el desplazamiento del hombre por la tecnología y otras innovaciones de diferentes tipos. La historia del capitalismo occidental ha demostrado de manera suficiente que los efectos del proceso de enriquecimiento de unos cuantos son efectos atroces para muchos. Por este motivo

las democracias occidentales instituyeron sistemas de seguridad social que limitaron las consecuencias negativas del desarrollo económico; pero uno de los problemas actuales más acuciantes consiste en que no sólo ese sistema de seguridad social es casi inexistente en muchos países, sino también en que donde lo hay cada vez se reduce más.

Sobre la globalización, Joseph Stiglitz, premio Nobel 2001 en economía, afirma que en su forma actual tiene efectos devastadores, principalmente sobre los países en vías de desarrollo y sobre los pobres de todo el planeta. Pienso que la globalización tiene un potencial benéfico y puede derivar en el enriquecimiento de todos, pero siempre y cuando se modifiquen profundamente los modos en que ha sido gestionada.

Richard Rorty opina que hubiera sido mejor si la globalización de la economía hubiera seguido a la conformación de una federación mundial, capaz de implantar un *Welfare State* global, que contara con un supervisor supranacional que de alguna manera pudiese garantizar un nivel de justicia aceptable entre las naciones, dentro de ellas y entre ricos y pobres. Pero la economía global llegó antes de que fuese posible dar vida a lo que Tennyson solía llamar "el parlamento del hombre, la federación del mundo". Si continuamos en esta dirección —señala—, es muy probable que las sociedades de capital sigan considerando al planeta como simple mercado de trabajo y tarde o temprano la clase trabajadora, aun la de las viejas democracias, podrá sólo obtener salarios tan bajos que se precipitará dramáticamente su actual nivel de vida.

Vattimo comenta que aunque parezca utópico, la cuestión de la globalización es también y sobre todo un asunto de democracia. Si la Unión Europea nació como comunidad económica, también es verdad que en las últimas fechas tiende a desarrollarse como unidad política.

No podemos estar en desacuerdo con esto, pero hay que tomar en cuenta que la unidad política no es casualmente el segundo paso en esta alianza, el más difícil por cierto y tal vez no completamente alcanzable según las expectativas. Su modo de ver el caso europeo muestra cómo el filósofo tiende al ideal, pero la realidad es siempre menos idealista y suele seguir la dirección de los intereses. Y estos últimos no son ciertamente los de todos. En este teatro del mundo, lo que nos compete es proceder responsablemente, no disimular ni actuar como si el desarrollo económico fuese un hecho natural e inmodificable. En ese sentido es cierto que necesitamos una entidad política fuerte como la que menciona Rorty; sin ella las multinacionales continuarán incrementando sus ganancias y las fuentes de trabajo serán cada vez menos. En circunstancias así es relativamente fácil suponer por qué en Europa los inversionistas no son favorables a la intensificación de la actividad política en la comunidad.

En el punto al que hemos llegado no puede negarse que el problema incluye también la redefinición del significado de democracia —como lo señala Vattimo—, la articulación de una sociedad con instrumentos verdaderamente a disposición de la ciudadanía, la cual, a su vez, debe estar en la posibilidad de usarlos adecuadamente.

En este sentido, Rorty considera que si hubiese una acción conjunta mundial, sostenida por amplia participación popular, dirigida a lograr cambios específicos en reglas y políticas, podrían obtenerse logros relevantes, pero los resultados no serían posibles ni iguales en todas partes, porque, por ejemplo, el Partido Demócrata en Estados Unidos no puede ser asociado a los partidos de izquierda del otro lado del Atlántico. Si esta agrupación política fuese vista por el electorado como aliada

de los partidos socialdemócratas europeos, como el de Francia y Alemania, ocasionaría su desastre electoral. Este es un claro indicio de que Estados Unidos están convirtiéndose en ejemplo de aislacionismo. El resultado es que el partido de *izquierda* de la nación más potente del mundo no puede mostrarse ni siquiera levemente comprometido en alguna forma de planificación internacional.

Apoyado en estos razonamientos, Vattimo sugiere un escenario posible: imaginemos el poder de obligar a Estados Unidos a ser democráticos en el proceso de la globalización; eso significaría, paradójicamente, lograr una política contra ese mismo país tal como hasta ahora se ha mostrado. Esto no es posible. Lo realista es que hasta cuando otro país o conjunto de ellos no logre la misma fuerza que la Unión Americana y la obligue a tratar con sus pares, no se logrará algún éxito en este sentido.

Rorty, como entreviendo un desafío, se pronuncia diciendo:

He pensado siempre que el desdén que los intelectuales europeos manifiestan ante Estados Unidos se debe esencialmente al resentimiento y la envidia. Sin embargo, comienzo a pensar que también se debe a que existe una “diferencia de valores” entre ellos. La elite intelectual europea piensa que la clase dirigente estadounidense, poco inclinada a la abolición de la pena capital, al control de armas o a la educación de los niños de color sea sustancialmente bárbara. Este juicio se apoya en una consideración básica: el nivel general de la sensibilidad moral en la clase dirigente de Estados Unidos es considerada en cierta medida menor al de las clases dirigentes en países como Canadá, Italia o Nueva Zelanda. Pero si esa diferencia de valores se enfatiza dramáticamente, sus resultados podrían ser peores: la opinión pública americana puede llegar a la

conclusión de que si los europeos tienen valores diferentes, ello se debe sencillamente al grado de su degeneración. Por otra parte, esta dramatización podría obligar a los americanos a tener conciencia del fracaso de su país en el intento de promover estándares internacionales decorosos. Subrayar la diferencia de valores puede conducir a esos dos resultados.

En este punto, Vattimo agrega:

En Europa somos más o menos conscientes de que muchas instituciones, como la del Estado asistencial o la de la ayuda pública son mejores en Europa que en Estados Unidos. Pero por otra parte, por la globalización, las industrias europeas piden un régimen semejante al estadounidense. No es nada oculto que la globalización y los mecanismos de libre mercado constituyen una fuerte tentación para la economía europea en la lucha por ser más competitiva y libre.

Con ánimo de concluir Taylor asienta:

Esto último es algo semejante a lo que se vive en Canadá, donde hay un sistema de seguridad social más desarrollado, pero la necesidad de competir con Estados Unidos ha obligado a reducirlo. Estados Unidos es una potencia hegemónica también en este aspecto. Pero pienso que está sucediendo algo nuevo en el gobierno republicano actual. Su arrogante política puede conducir a un clima de fuerte polémica entre ellos y Europa y hasta con Canadá, como sucede, por ejemplo, con su negativa a ratificar los acuerdos de Kyoto.

Efectivamente, todos estamos convencidos de que en el plano diplomático es necesario que Estados Unidos cambie de perspectiva, que evite suscitarse con decisiones arrogantes una crisis de consensos con sus aliados tradi-

La globalización debería conducir efectivamente a la nivelación entre pobreza y riqueza, esto es lo que prometen sus propulsores, pero los hechos hasta ahora no lo han demostrado.

cionales. Su decisión unilateral de llevar a cabo la invasión de Irak demuestra claramente sus arrebatos de barbarie y prepotencia.

Sobre esto, Vattimo sostiene que sin embargo la cultura o la visión estadounidense del mundo tiene todavía muchos admiradores en Europa. Es suficiente leer *Liberation* en Francia o *Il Manifesto* en Italia para constatar que sus modelos culturales provienen de Estados Unidos, y ello aparece en abierta contradicción con la postura antiestadounidense que declaran. Y no se trata de algo limitado a la administración actual, porque ¿qué habría sucedido si A. Gore hubiese ganado las elecciones para presidente? ¿Qué habría cambiado en relación con la globalización?

Rorty opina que si Gore hubiese ganado y si se hubiese alcanzado también una mayoría democrática en ambas cámaras del Congreso, el gobierno estadounidense sería tan aislacionista como lo es el gobierno actual. Clinton era un internacionalista, pero estaba paralizado por las mayorías republicanas; y mientras existan mayorías de esta clase, no es tan importante saber quién está en la Casa Blanca, pues las mayorías son de conservadores, de fundamentalistas religiosos que no tienen el mínimo interés en el bienestar de los no-estadounidenses.

Vattimo agrega que debemos tomar en cuenta la competencia entre culturas no sólo como una cuestión espiritual, sino también como una apertura de horizontes, como una vía para acceder a un mundo diferente:

[...] no soy un defensor de la identidad; a veces pienso que con ella sucede lo que

ocurre con la familia y con la Iglesia: debe abandonárseles para ser autónomos. Sin embargo, la multiplicidad de culturas es una especie de garantía de sobrevivencia; la medicina china y sus ventajas (la acupuntura) no existirían si todos practicáramos la medicina oficial en Occidente. Por un lado veo la globalización de la cultura como una especie de movimiento libertador que abre las posibilidades de ir más allá de las fronteras regionales, pero por el otro, no quiero perder la capacidad de hablar el piemontés. La cuestión, en efecto, no es sencilla, porque si por una parte se corre el riesgo de adoptar la defensa a ultranza –y a veces hasta de forma violenta– de la identidad local (como por ejemplo los vascos), por la otra, existe el peligro de perder las propias raíces. No es fácil encontrar una postura que no sea muy nacionalista, muy localista o muy filoestadounidense. El punto justo entre localidad y universalidad no es de fácil discernimiento, como no lo es el objetivo de acabar con la pobreza.

La globalización debería conducir efectivamente a la nivelación entre pobreza y riqueza, esto es lo que prometen sus propulsores, pero los hechos hasta ahora no lo han demostrado, la diferencia entre los más ricos y los más pobres ha aumentado en los últimos veinte años. La década de los noventa fue en cambio un periodo de oro para la industria que logró ganancias enormes, pero la pobreza en el mundo no disminuyó de manera semejante, por el contrario, creció notoriamente.

Pienso que nos dirigimos –continúa Vattimo– hacia una situación en que paradójicamente el socialismo se convertirá en el único régimen posible para la

economía mundial. Estaba convencido de que la economía socialista había fallado completamente, ahora no estoy tan seguro de ello por las contradicciones del sistema capitalista a escala internacional. Las multinacionales se han convertido en algo así como en un gobierno mundial que no tiene nada de democrático y se rige por limitados intereses.

Rorty afirma que la administración estadounidense piensa que la interdependencia económica y los acuerdos de libre mercado favorecen la ampliación de la democracia a todas las naciones. Menciona que el mismo J. Habermas ha sugerido algo semejante al decir que la racionalidad burocrática conducirá, tarde o temprano, a la adquisición de los derechos de las mujeres en el Asia suroriental. Pero no omite que bien podría suceder que los dirigentes de las multinacionales, quienes siempre se preocupan por buscar nuevos nichos de mercado y mejores ventajas, se dejen corromper; podrían darse cuenta de que al adoptar métodos asiáticos y al dejar a un lado el modo occidental de trabajo podrían alcanzar mayores ganancias.

2.1. Después del 11 de septiembre

Hasta aquí el diálogo entre los tres pensadores, discusión que se realizó poco antes del ataque del 11 de septiembre de 2001. Se sabe que este hecho ha influido de manera decisiva en el desarrollo de la globalización, ya sea porque se ha considerado que el acto terrorista fue una reacción ante sus efectos, entendida la globalización como extensión mundial de un imperialismo que, sin ser estrictamente limitado al dominio territorial, puede ser combatido sólo con ataques de este tipo. Se ha dicho que después del 11 de septiembre nada será más como había sido. Así las cosas, debemos preguntarnos cómo ha cambiado la globalización y cómo nos atañe. Es notorio

que el aspecto económico que fue acentuado en sus inicios, después del 11 de septiembre se ha desarrollado menos de lo esperado y en alguna medida ha sido sustituido por el militar. Esto nos llega más de cerca, porque militarización significa, principalmente, reducción de las libertades civiles hasta ahora alcanzadas con fatigas sin medida; significa restricciones como las que suceden no sólo en los países intervenidos sino también en el mismo Estados Unidos, medidas que de rebote nos llegan. La reducción de las libertades civiles significa también la intensificación del autoritarismo en el ámbito internacional.

¿Qué otra cosa cambia con el 11 de septiembre? Algunos consideran que con esa fecha se cierra la *belle époque* de la globalización, periodo por cierto bastante breve en que ocurrió el sueño de una vía técnico-administrativa que pretendía el bienestar universal, que buscaba la movilización semiautomática de todas las conciencias hacia los exaltados modelos occidentales. Desde la caída del socialismo real han sucedido varios providencialismos y borracheras ideológicas sobre el ocaso de la política y su sustitución por la administración —como lo muestran varios gobiernos en no pocos países— y hasta sobre el “fin de la historia”. Después del 11 de septiembre podemos entrever —como lo ha indicado Vattimo— que la globalización para subsistir necesita ser políticamente gobernada, ninguna predestinación le asegura el éxito, y de cualquier manera no deja de estar ceñida a los vaivenes de la experiencia humana. Ningún orden nuevo en la Tierra nacerá espontáneamente de las formas y de los sistemas económicos impuestos globalmente.

Pero afirmar que la perspectiva apolítica ha sido negativa no significa llegar a ningún lado, falta una propuesta; pero es ya un paso ganado reconocer que la neutralización de los conflictos

a través de la técnica económica termina en efecto multiplicándolos.

La cuestión es apremiante para todos. ¡No es admisible que el mundo sea ‘conquistado’ por un sistema de poderes sin territorio definido y estable, por una ‘supersociedad’ que domina los recursos financieros y los medios de información, sistema del que los lideratos políticos son cada vez más la directa expresión de dependencia!

A quienes les ha ido bien en la feria la globalización les parece una realidad irreversible, aunque ninguno imagina que ésta pueda efectuarse como pacífica unificación, pues hasta ahora no ha avanzado sino mediante laceraciones y desintegraciones; sin embargo, de ello no se preocupan y aducen que se trata de una tendencia que es, por su propia naturaleza, inquietud permanente, de algo que es contradicción y conflicto; pero que en todo caso se trata de conflictos locales que son incapaces de oponerse al efectivo sistema de poder del ‘imperio’. Es verdad, ningún país, por poderoso que sea, puede hoy oponerse a la globalización en marcha; pero en realidad no son necesarias las dimensiones y el peso de un país para intentarlo, cada quien y en su radio de acción puede bien valerse de la desintegración y de los conflictos que ocasiona, puede aprovechar las contradicciones que encierra para poner de relieve sus efectos. La ‘supersociedad’ mundial inmiscuida en millares de conflictos ‘locales’ es el humus natural de su contraparte, que va más allá de un país y alcanza magnitudes también planetarias. No es necesario estar ‘obsesionados’ por el odio al imperialismo, tampoco lo es lanzarse a describir al Banco Mundial, al Fondo Monetario Internacional y a la Organización Mundial de Comercio como profetas apocalípticos, la ‘trinidad del mal’ o la ‘nueva bestia’ para reconocer miserias y opresión en el mundo globa-

lizado. Veinticuatro mil muertos de hambre al día muestran bien las heridas planetarias y nos hacen ver también cómo la ayuda humanitaria exhibe su cara de ‘neocolonialismo’ que anestesia la conciencia de los problemas.

3. Educación y globalización

Una de las verdaderas funciones de la educación, aunque casi nunca mencionada, es la de favorecer las capacidades de la juventud para entender la realidad en que vive, para que pueda actuar en ella y no simplemente se deje llevar. La educación capacita para enfrentar el mundo.

En los últimos dos siglos la educación ha sido considerada como factor decisivo en el desarrollo del Estado nacional. La escuela pública nació como un instrumento para apuntalar la cohesión y la prosperidad económica de los Estados modernos. Esto puede comprobarse en nuestro país a lo largo del siglo pasado. Sin embargo, el papel del Estado nacional está cambiando y también está modificándose la función social de la educación.

Lo que los europeos llaman mundialización¹ y los anglosajones califican

1. Globalización en francés se dice mondialisation. “Globo” y “mundo” no significan lo mismo: crear un mundo significa crear una totalidad de sentido y no de mercado. Globalización y mundialización son más bien los dos aspectos del mismo proceso cuyo problema no es tanto su irreversibilidad, como si la posibilidad de invertir su dirección fuese tan ambicionada, más bien el problema es su ambigüedad, su duplicidad. Lo que parece más claro es que no se trata de un proceso al que fácilmente alguien se pueda oponer o que se le pueda revertir. Es más bien algo en que nuestra historia va más allá de sí misma y nos sorprende, porque la globalización había sido ya prevista por Marx y Braudel, por ejemplo, pero al mismo tiempo no parece que haya sido prevista por la política y su planificación tanto de derecha como de izquierda.

como globalización está modificando en muchos aspectos la existencia humana y, sobre todo, los vínculos entre las naciones. Las relaciones mercantiles internacionales han sido las iniciadoras de estas modificaciones que han conducido la integración de las economías nacionales a un sistema productivo y mercantil internacional, regulado por los criterios que conocemos: supresión de barreras al libre comercio (*deregulation*) y mayor integración de las economías nacionales.

Estos cambios abarcan también a la educación, y sobre las vicisitudes en este campo se ha discutido y escrito mucho. Una de las publicaciones recientes en este tema es la coordinada por la investigadora Patricia Ducoign, libro que apareció en lengua francesa sobre las relaciones entre educación y globalización y cuyo título es *L'éducation au regard de la mondialisation-globalisation*. En él sus autores se plantean no sólo analizar y diagnosticar esta tendencia, sino además presentar ideas para oponerla o resistirla en tanto que se trata de un movimiento que pretende afirmar una única forma de pensamiento y rechaza, de entrada, la heterogeneidad. El texto señala los efectos de la globalización sobre la educación y también las posibles acciones de los educadores frente a las nuevas situaciones que este mundo presenta.

El hecho insoslayable es que el flujo de conocimientos, de información y de mensajes es ahora mundial. Las condiciones actuales nos obligan a repensar la función de las universidades y a revisar el sistema educativo en su totalidad: sus objetivos, sus relaciones con la sociedad, su pertinencia. Las consideraciones que se han hecho en este campo son muchas; de ellas las más evidentes y preocupantes indican que la educación ha venido convirtiéndose en negocio y se maneja como cualquier

otra mercancía, se busca ofrecerla donde logre dividendos.

En México la inversión extranjera en la educación superior es ya un hecho. El gobierno, las universidades públicas y privadas, los expertos saben que los grandes proveedores de educación del extranjero están a las puertas del mercado nacional y algunos de ellos ya entraron.

En el ámbito internacional cuatro importantes miembros de la OMC, Australia, Estados Unidos, Japón y Nueva Zelanda se han expresado a favor de la desaparición total de las condiciones de instalación y actividad de las transnacionales en los mercados educativos nacionales, mediante la remoción de obstáculos de tipo legal como visados, porcentajes de inversión y otros. El Tratado de Libre Comercio y la Ley de Inversión Extranjera permiten la participación mediante acciones de inversión de partes extranjeras hasta con 49%, y ellas están en la posibilidad de solicitar la ampliación del monto a la Comisión de Inversión Extranjera.

En nuestro caso es innegable que la cuestión de la inversión extranjera en la educación superior es un asunto de mercado, pero también es un asunto político de los más importantes. El gobierno en el interior debe resolver el tipo de sistema de educación superior, de ciencia y de tecnología que necesitamos como una política pública de cara a los retos actuales. Digo que al gobierno compete porque éste siempre ha decidido y no contamos con una base sólida y de propuestas en el ámbito de la docencia para proponerlas y hacer que se nos escuche. Sólo últimamente la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) pide que al menos se tome en cuenta su opinión. No tenemos una organización vigorosa como en otros países. Esta debilidad es el resultado históri-

co de la actitud que asumió el poderoso Estado de la Revolución mexicana frente a los intelectuales en general, y resulta también de su tendencia obsesiva por controlar toda manifestación de la sociedad. El 'Estado fuerte' de la Revolución implicó tanto bondades como perversiones. Nos dio un sistema de educación y otros más como el de seguridad social, que fueron benéficos para el pueblo, pero ese mismo Estado, al burocratizarse y ponerse al servicio de las clases pudientes, renunció a defender eficazmente los intereses de la sociedad y, en ese tenor, a desempeñar con eficacia sus funciones reguladoras en la actuación de las elites dirigentes.

Si en la situación actual el presupuesto para la educación y para la universidad no está orientado a mejorar y fortalecer los procesos que tienen programados, sobre todo en las áreas en que particularmente son fuertes, entonces estamos perdiendo capacidad de competencia. ¿Cómo lograremos concertar una política de desarrollo de la educación superior en el país si vamos a seguir teniendo desequilibrios institucionales internos y enormes asimetrías con las grandes universidades del mundo? ¿Podremos competir como las circunstancias lo imponen?

Nuestro país está en visible rezago, sus cinco gobiernos anteriores se ocuparon simplemente de la cobertura del Programa Nacional de Educación, buscaron principalmente atender la demanda y no la necesidad de actualización. Ninguno de los últimos periodos presidenciales incluye un cuestionamiento a la calidad educativa. La política educativa mexicana no puede ser algo asentado en un planteamiento puramente teórico, se pone en ejercicio en la realidad y viene también dotado de realidad por la voluntad de grupos sociales concretos que en cada momento histórico tienen la

necesidad y la inevitable responsabilidad del logro de objetivos, que representan la suma o el complejo de múltiples dimensiones como las corrientes de pensamiento, los valores humanos y sociales, los objetivos económicos y las necesidades culturales y de esparcimiento.

Después de nueve meses de haber asumido el poder, el presidente Vicente Fox presentó en el Palacio de Bellas Artes el 28 de septiembre de 2001 el Programa Nacional de Educación (PNE) 2001-2006 afirmando: “Nada define mejor el sentido de una obra de gobierno que su política educativa” (Fox, 2001). En esa presentación también se comprometió a elevar a 8% del producto interno bruto (PIB) el apoyo destinado a la educación. Vamos a más de la mitad de periodo presidencial y somos testigos y sujetos de fuertes cambios, pero todavía no podemos pronunciarnos sobre sus resultados.

La educación se ha convertido desde múltiples perspectivas en un asunto de interés y de debate social, ya es parte imprescindible del programa nacional. La política educativa está implicada en las grandes decisiones de nuestro país. La realidad de nuestras universidades y de todo el sistema educativo, incluso aspectos que a simple vista aparecen como puramente pedagógicos como el currículo, el uso de las distintas tecnologías didácticas, etc., responden a la orientación de las decisiones políticas.

La política educativa de este periodo se evidencia en el Subprograma de Educación Superior, donde se la concibe como un ‘medio’ para ‘hacer’, pero no hace clara alusión al fin ni al ser; enfatiza las funciones sustantivas de las Instituciones de Educación Superior (IES), las caracteriza en el contexto de la necesidad de la cobertura y también se refiere a la calidad y la equidad; hace hincapié en la necesidad de lograr

la eficiencia terminal y para ello propone instalar un sistema nacional de becas, que facilitará la calidad mediante la superación académica de los profesores y mediante la actualización de los contenidos con un enfoque encaminado al aprendizaje. El documento hace referencia a la visión de la educación superior para el 2025, pero no menciona para esos tiempos las recomendaciones de organismos internacionales (como la UNESCO) que ofrecen una visión de metas para esas mismas fechas y apuntan la ayuda económica de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) para alcanzarlas.

La característica que más resalta en el PNE es la de equilibrio entre continuidad e innovación, su lema es reforma y modernización. En consecuencia, las universidades e instituciones de educación superior viven desde hace algunos años un proceso de transformación silenciosa y recelosa, se trata de cambios en diferentes niveles que abarcan funciones sustantivas y organizativas, las cuales comienzan a mostrar cierta orientación.

En las universidades ha habido grandes modificaciones en los últimos 20 años, han cambiado los paradigmas del conocimiento que habían prevalecido durante un largo periodo. Una de las mutaciones más notorias es que ahora no se busca cualquier tipo de conocimiento; se da preferencia al que tiene utilidad en el mercado, el que ofrece la habilidad, la competencia y la capacidad solicitada. Producir estas preferentes formas de conocimiento se ha convertido en el objetivo fundamental del proceso de cambio que viven las IES; este es el eje articulador en la actualización que exige el diseño curricular de los programas de educación superior. Tal hecho muestra la dimensión de los cambios en las universidades y señala también la importancia econó-

mica que se le confiere y que se trasluce en la exigida adquisición de un conjunto de habilidades con finalidades programadas.

Hoy las IES tienen una tarea clara: definir su demanda, su oferta y las condiciones básicas de funcionamiento y operación. La política de modernización del periodo exige estar en la lógica del mercado y de la competitividad. Pero si nos limitamos a ello, bien podemos estar apretando el acelerador sin saber a dónde nos dirigimos y si en realidad nos interesa llegar. Desde su campaña como candidato, el presidente señaló la educación superior como importante para la generación de ‘capital humano’ y como eje central de la competitividad del país con el mundo. La consigna es alcanzar la calidad, tal como se le persigue en las empresas productivas y de servicio. Pero esta visión es estrecha para la universidad, pues le mutila lo que le ha dado reconocimiento y carácter de imprescindible a lo largo de siglos.

La ANUIES, por su parte, se propuso desde 1998 fomentar una visión nueva del sistema educativo mexicano. En su documento *La educación superior en el siglo XXI* (ANUIES, 2000) propone ocho puntos: *a)* calidad e innovación; *b)* congruencia con su naturaleza académica; *c)* pertinencia en relación con las necesidades del país; *d)* humanismo; *e)* compromiso con la construcción de una sociedad mejor; *f)* autonomía responsable; *g)* estructura de gobierno, y *h)* operaciones ejemplares.

Este documento presenta una visión más amplia y complementa de manera importante al PNE en su visión de las IES para el año 2020. Algunas de sus propuestas atraen la atención y es relevante su visión crítica del proceso enseñanza-aprendizaje por su tradicionalidad, rigidez y falta de invención y creatividad. Es interesante conocer el eco que han tenido sus propuestas; en

El debate internacional en el campo educativo tiende hacia un viraje radical y hacia una transformación de fondo de las IES, que encara la desigualdad social y otros problemas.

cierta medida lo constatamos directamente en los cambios que estamos viendo. Pero tanto en este documento como en el PNE no se ve gran resonancia de las sugerencias que hace la UNESCO (UNESCO, 2000) y otros organismos para reorientar los sistemas de educación superior en pro de la sociedad del conocimiento y la adopción del paradigma de la educación permanente y para toda la vida.

El debate internacional en el campo educativo tiende hacia un viraje radical y hacia una transformación de fondo de las IES (UNESCO, 1998), que encara la desigualdad social y otros problemas de esa importancia. Consideramos que México debe pensar globalmente para actual localmente, en este sentido debe tomar en cuenta las aportaciones de organismos internacionales de educación, no por malinchismo, sino porque éstas hacen buenas indicaciones de los cambios que permiten afrontar las nuevas condiciones de nuestro mundo, sin dejar de señalar la central visión humana imprescindible.

3.1. Educación como mercancía

Uno de los nuevos modelos que aparecen en el campo de la educación superior desde la década pasada son las universidades-negocio. Esta novedad pretende satisfacer un doble propósito: generar ganancias cuantiosas a los inversionistas —prueba de ello es la avidez vista en los últimos lustros por abrir escuelas preparatorias y universidades privadas— y brindar a los estudiantes novedosas condiciones de éxito en el mundo del trabajo. Ahora contamos con una amplia variedad como para

escoger con detalle; hay universidades corporativas (Motorola, Disney, McDonald's) orientadas a la capacitación de sus ejecutivos; hay privadas abiertas, presenciales o mixtas, caracterizadas por la flexibilidad de sus programas para atender estudiantes que trabajan (Universidad de Phoenix); las hay también virtuales con oferta de cursos en línea; las de más reciente aparición son las transnacionales que buscan articularse a la dinámica de la globalización.

Ambiciosos inversionistas en universidades se dedican a buscar mercados como lo hace cualquier empresario con perspectiva transnacional. El Sistema Internacional de Universidades (SIU), que funciona como una red de instituciones de educación, es un ejemplo, al igual que Sylvan y otras. Esta última ha incrementado su valor comercial en menos de 10 años de 20 millones a más de 450. Su periodo de mayor bonanza se inició en 1999 al asociarse con la Universidad Europea de Madrid. Posteriormente adquirió acciones en la Universidad del Valle de México y en otras. El desarrollo empresarial de las Universidades Sylvan ha sido criticado aun en Estados Unidos; en México sus operaciones han pasado inadvertidas, pese a los impedimentos legales para una inversión extranjera en educación superior a 49% del capital, como se establece en el Tratado de Libre Comercio.

El investigador y director general del Centro para la Educación Superior en el Boston College, Philip G. Altbach, señala que las instituciones autodeterminadas universidades, pero que se diferencian de las verdaderas, tienen

sólo como objetivo la obtención de ganancias. Admite que si se permite su proliferación por doquier, la educación se verá devaluada y estará cada vez más sujeta a presiones de competitividad que inevitablemente destruirá una de las instituciones más valiosas de la sociedad (Altbach, 2003)

En esta competitividad abierta importa discutir las políticas educativas nacionales, debemos ver cómo se articulan con la globalización y aceptar los elementos positivos que pueden introducirse en ellas. En nuestro caso debemos distinguir las exigencias de la globalización en la docencia, en la situación de los maestros, hay que distinguir el lugar que ocupa la universidad en el concierto nacional e internacional. Las condiciones actuales exigen revisar los nuevos programas de acción, las reformas educativas en sus respectivos contextos. ¿Qué está cambiando? ¿Qué nuevas formas adquiere la escolaridad? ¿Cuáles son los nuevos contenidos y métodos? ¿Cuáles son los cambios en la capacitación de la fuerza de trabajo? ¿Qué papel se asigna a las nuevas tecnologías? ¿Cómo se ha reconceptuado la evaluación educativa? ¿Qué está ocurriendo en la cultura con la globalización? ¿Qué hay de diversidad cultural y de las identidades culturales? Al menos se presenta como imperativo reconocer las diferencias culturales como elementos clave cuando se trate de comercializar programas educativos en el mercado internacional. Esta apertura puede ser exitosa en la medida en que los programas tengan impacto y aceptación amplios, en cuanto sean de aplicación sostenida y reconozcan las diferencias culturales de la población a la que se ofrecen. El movimiento educativo internacional no puede consistir sólo en traducir los contenidos, debe contextualizarlos con la cultura y las prácticas de la localidad.

Pero un verdadero movimiento internacional entre universidades exige como paso previo la existencia de un sistema de universidades locales con el nivel académico suficiente para la interrelación, pues la región como concepto y como sujeto es insoslayable. La globalización, lejos de agotarla definitivamente, como algunos creen o desean, la revitaliza como base territorial de la misma globalización. En este sentido la universidad debe asumir que es a partir de sus capacidades de articularse con su región y de su oferta como podrá penetrar en las esferas globales. La verdadera eficacia y excelencia de las universidades se norma en su capacidad de transmitir conocimiento y generarlo en forma articulada con su región.

Hay que tomar en cuenta que las presiones de la competitividad internacional aparecieron tardíamente en América Latina si se contrasta con otras regiones del planeta. También hay que considerar que casi no hemos tenido políticas favorables a la migración de estudiantes al extranjero, como sí fue el caso de los países asiáticos desde los años sesenta. Las posibilidades de las familias para apoyar a los jóvenes que deseaban cursar estudios superiores en el extranjero se limitaban al segmento más elitista de la sociedad.

Entonces, si los países latinoamericanos no son grandes consumidores de educación superior en el extranjero y no es probable que lo sean en un futuro próximo, representan, en cambio, un mercado potencial importante para la recepción de universidades foráneas en sus diferentes modalidades. Pensar en la exportación educativa parece todavía lejano, aunque existen ya algunos casos como los del Tecnológico de Monterrey y de la UNAM. Del primero no sabemos gran cosa, de la segunda sabemos que no tiene nada que ver con la lógica de mercado: en ninguna de

sus filiales en el extranjero existe la pretensión de competir con las universidades del lugar, sino que busca realizar funciones complementarias. Las escuelas de extensión de la UNAM en Estados Unidos y Canadá están situadas en ciudades donde los mexicanos que radican representan proporciones importantes de la población del lugar. Se trata de casos en que la cultura mexicana, nuestro lenguaje, nuestras costumbres y tradiciones forman parte de lo que ahí se vive. El Centro de Enseñanza para Extranjeros (CEPE) y sus filiales orientan su trabajo con la idea de Vasconcelos de difundir universalmente la riqueza de la cultura mexicana. Su perspectiva es profundamente humanista.

La extensión de la UNAM es un caso inobjetable y de buenos resultados que abre otras posibilidades para que nuestra cultura crezca, se desarrolle y se complemente con otras. Su ejemplo requiere que lo 'mexicano' se integre y sepa darse a conocer a través de proyectos culturales y procesos educativos. La Escuela de Verano—proyecto de visión internacional que ha adquirido mayor relevancia con la globalización a raíz del Tratado de Libre Comercio— abrió sus puertas para ser desde 1981 el CEPE; atiende en sus sedes nacionales a varios miles de estudiantes de todo el orbe y de ella dependen la Escuela para Extranjeros de San Antonio (EPESA), la Escuela de Extensión en Canadá (ESECA) y la Escuela de Extensión en la Ciudad de Chicago (ESECH).

La presencia de instituciones extranjeras en territorio nacional es fuerte, y ya se inicia a prestarle atención. En la reciente XXXIV Asamblea de la ANUIES, hubo pronunciamientos al respecto y aquí los transcribimos:

a) La ANUIES ratifica la vocación internacionalista de la educación superior de México, a través de la coopera-

ción y el intercambio académico entre instituciones del país y de otras naciones, desde la concepción de que la educación es un bien público y social que debe estar ajeno al mercantilismo y a la comercialización.

b) [Se debe] solicitar al gobierno federal que se invite y solicite opinión a la ANUIES en toda negociación comercial o de servicios de carácter bilateral o multilateral relativa al comercio de servicios educativos de nivel superior.

c) [Que] se informe a la ANUIES y se solicite su opinión respecto de toda solicitud de inversión extranjera en México que tenga como objeto prestar servicios de educación superior.

d) Proponer la creación de un Registro de Validez Oficial de Estudios (RVOE) especial para casos de inversión extranjera privada en el país, que garantice calidad en el servicio educativo superior y beneficios probados en el sistema de educación superior del país de origen y en sus instituciones.

e) Establecer un grupo de estudio que dé seguimiento permanente a la inversión extranjera en materia de educación superior, analice el impacto de los acuerdos comerciales, la presencia de nuevos proveedores en México y de toda forma de enseñanza internacionalizada.

El caso de la UNAM es una de tantas posibilidades de relaciones internacionales en la educación; casos así deberían ser más. La globalización nos trae, en cambio, sucesos diferentes y hasta preocupantes, porque afectan nuestra dinámica universitaria y la institucionalidad de las casas de estudio; rompen sus ideales, sus fundamentos y la concepción que se ha tenido de ellas al exigirles cierta clase de utilidad y al subordinarlas a las fuerzas económicas preponderantes; quitan a la universidad su razón de ser frente al Estado-nación, pues le restan centralidad como impulsora de la cultura nacio-

nal; rompen los pactos entre el gobierno y la universidad sobre los que se finca el proyecto de desarrollo nacional; abren paso a la comercialización de los servicios educativos; introducen valores que estrangulan el espacio público con la ‘americanización’ de la cultura; pregonan como paradigma la universidad que hay en Estados Unidos. Todo esto se aprecia

mejor desde las humanidades y las ciencias sociales, que resultan despreciadas por la fama de su escaso valor de cambio en el mundo.

Tal vez hasta ahora hemos confundido la convergencia de los sistemas económicos y su dominio con la única forma de vivir, pero estamos aprendiendo dolorosamente sus secuelas y éstas nos hacen dirigir la mi-

rada a otras posibilidades más a la medida de nuestras aspiraciones. Todo es cuestión de explorarlas y defenderlas. El conformismo y el dejarse llevar en las actuales circunstancias es moralmente inaceptable. Conformarnos con sólo permanecer a flote como una hoja en una superficie de agua en movimiento es de mediocridad vergonzante.



Bibliografía

Altbach, P. G. (2003). “Capacitan pero no son universidades”, *Campus Milenio*, jueves 27 de febrero. México.

ANUIES (2000). *La educación superior en el siglo XXI. Líneas estratégicas de desarrollo. Una propuesta de la ANUIES*. ANUIES, México.

Caracciolo, L. (dir.) (2001). “Encuentro de

tres filósofos de Sundance, UTA, Estados Unidos de Norteamérica”, *Micromega. Almanaco di Filosofia*, Núm. 5, diciembre-enero. Grupo Editoriale L’Espresso, Roma.

Fox, V. (2001). *Discurso de presentación del PNE 2001-2006*. México, viernes 28 de septiembre.

Reimpreso en *Milenio Diario* (2003). jueves 16 de octubre, México.

UNESCO

_____. (1998). *Conferencia mundial sobre educación superior*. París, octubre.

_____. (2000). *Les clés du XXIe Siècle*. Sevil, Paris.